

Paradójicamente —y es una de las contradicciones de la obra—, tales afirmaciones del texto de Raynal no se corresponden con la representación gráfica que la propia *Historia de las Dos Indias* incorporaba. Ornando el tomo III de la obra (edición de 1780) figura un hermoso dibujo de Moreau, grabado por Delignon, representando el apresamiento de Moctezuma en el mismo Méjico. Los artistas, más fieles a la realidad que el texto literario, muestran un Méjico embaldosado, una amplísima plaza con grandes edificaciones y sobresalientes templos de gradas escalonadas, los «cus» que había descrito Bernal Díaz del Castillo <sup>25</sup>.

Prosiguiendo con su valoración negativa de la cultura azteca, decía Raynal: «Incluso había más retraso en las ciencias que en las artes; ello es una consecuencia natural de la marcha ordinaria del espíritu humano. No es posible que un pueblo, cuya civilización no era antigua y que no había podido recibir ninguna instrucción de sus vecinos, tuviera conocimientos extensos. Todo lo que se puede deducir de sus instituciones religiosas y políticas es que había dado algunos pasos en el conocimiento de la astronomía: ¡Cuántos siglos, no obstante, habría precisado para instruirse, puesto que estaba privado de la ayuda de la escritura, muy alejado de ese único y poderoso medio de aprendizaje por la imperfección de los hieróglifos! Eran éstos diseños realizados sobre cortezas de árbol, pieles de animales o telas de algodón, y su finalidad la de conservar el recuerdo de leyes, creencias y acontecimientos del imperio. El número, el color, la actitud de las figuras, todo variaba según lo que se quería expresar. Aunque estos signos imperfectos no ofrecían una seguridad que excluyera toda duda razonable acerca de su significado, cabe suponer que ayudados por las tradiciones familiares y colectivas aportaban algún conocimiento de los sucesos del pasado. Pero la indiferencia de los conquistadores por todo lo que no diera satisfacción a su insaciable codicia les hizo descuidar esos importantes registros.

---

<sup>25</sup> DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. (Ed. Espasa-Calpe, 1955; págs. 198-199). Bernal Díaz describía así el gran cu o templo de Huichilobos y Tezcatepuca en la capital mejicana: «... dejamos la gran plaza y llegamos a los grandes patios y cercas donde está el gran cu; y tenía antes de llegar a él un gran cercuito de patios, que me parece que eran más que la plaza que hay en Salamanca, y con dos cercas alrededor de calicanto, e el mismo patio y sitio todo empedrado de piedras grandes de losas blancas y muy lisas, e adonde no había de aquellas piedras estaba encalado y bruñido y todo muy limpio, que no hallaran una paja ni polvo en todo él. Y después llegamos cerca del gran cu, antes que subiésemos ninguna grada dél, envió el gran Montezuma desde arriba, donde estaba haciendo sacrificios, seis papas (sacerdotes) y dos principales para que acompañasen a nuestro capián, e al subir de las gradas, que eran ciento y catorce, creyendo que se cansaría... Y desde que subimos a lo alto del gran cu, en una placeta que arriba se hacía, adonde tenían un espacio como andamios, y en ellos puestas unas grandes piedras, adonde ponían los tristes indios para sacrificar... Y (Moctezuma) le dijo (a Cortés) que mirase su gran ciudad y todas las más ciudades que había dentro en el agua, e otros muchos pueblos alrededor de la misma laguna en tierra, y que si no había visto muy bien su gran plaza, que desde allí la podría ver muy mejor e así lo estuvimos mirando, porque desde aquel grande y maldito templo estaba tan alto que todo lo señoreaba muy bien; y de allí vimos las tres calzadas que entran en Méjico... Y víamos el agua dulce que venía de Chapultepec, de que se proveía la ciudad, y en aquellas tres calzadas las puentes que tenían hechas de trecho a trecho, por donde entraba y salía el agua de la laguna de una parte a otra; e víamos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venían con bastimentos y otras que volvían en el agua... víamos cues y adoratorios a manera de torres e fortalezas, y todas blanqueando, que era cosa de admiración, y las casas de azoteas, y en las calzadas otras torrecillas e adoratorios que eran como fortalezas».

Posteriormente, los eclesiásticos los consideraron monumentos idolátricos y Zumárraga, primer obispo de Méjico, condenó al fuego todos los que pudo reunir. Lo poco que escapó al incendio fanático y que se conserva en uno u otro hemisferio, no ha disipado las tinieblas en las que nos ha sumido la negligencia de los primeros españoles»<sup>26</sup>.

En cuanto a los orígenes del pueblo mejicano, Raynal participaba de los criterios de Buffon y De Paw sobre un poblamiento reciente del continente americano. Aunque —según decía— «se ignora hasta la época de la fundación del imperio», acudía a los datos aportados por los historiadores españoles para, posteriormente, negando la gran población que según ellos había tenido Méjico intentar desvirtuar sus afirmaciones en un ataque a los cronistas hispanos tan injusto, desproporcionado y risible, como pretenciosamente imbuido de superioridad «ilustrada» y de vanidad nacional gala. Su lectura ahorra comentarios.

Decía así Raynal: «Los historiadores castellanos nos dicen que antes del siglo X aquel vasto espacio geográfico sólo estaba habitado por hordas nómadas completamente salvajes y que hacia esa época tribus llegadas del Norte y del Noroeste ocuparon algunas zonas del territorio y trajeron costumbres más apacibles; trescientos años después, un pueblo todavía más civilizado, salido de las proximidades de California se estableció en las orillas de los lagos y edificó Méjico. Refieren que esta última nación, tan superior a las otras, durante un amplio período de tiempo sólo tuvo jefes a los que designaba o destituía según convenía al interés general; pero aquel poder, hasta entonces compartido y revocable, se concentró en unas solas manos haciéndose inamovible siglo y medio antes de la llegada de los españoles. Igualmente narran que los nueve monarcas que sucesivamente ostentaron la corona llevaron los dominios del imperio a una extensión que jamás había tenido bajo el antiguo gobierno. Pero, sea como sea —se interrogaba Raynal—, ¿se puede razonablemente aceptar anales confusos, contradictorios y plagados de las más absurdas fábulas que jamás se hayan ofrecido a la credulidad humana? Para creer que una sociedad con dominios tan extensos, de instituciones tan desarrolladas y de ceremonial tan regulado tuviera un origen tan reciente como el que se le atribuye, haría falta contar con testimonios más ilustrados que los de feroces soldados que no tenían ni el talento, ni la voluntad de examinar nada; se precisaría de garantes más imparciales que sacerdotes fanáticos que no aspiraban más que a elevar su propio culto sobre la ruina de aquellas supersticiones que encontraban establecidas. ¿Qué habría sido de China si los portugueses hubieran podido incendiarla, trastornarla o destruirla como al Brasil? ¿Habríase hoy de la antigüedad de sus libros, leyes y costumbres? Cuando se permita la entrada en Méjico de algunos filósofos para desenterrar y descifrar las ruinas de su historia y estos sabios no sean ni monjes ni españoles, sino ingleses y franceses que gocen de libertad y medios para descubrir la verdad, quizá entonces se la conocerá si es que la barbarie no ha destruido todos los monumentos que pudieran señalar el rastro. Estas investigaciones, sin embargo, no podrán llevar a un conocimiento exacto de la antigua población del imperio. Era inmensa, aseguran los conquistadores: los habitantes

---

<sup>26</sup> RAYNAL, G. T.: *Op. cit.* (pág. 416).

cubrían las campiñas; los ciudadanos hormigueaban en las villas; los ejércitos eran muy numerosos. ¡Estúpidos cronistas! —increpaba Raynal—, ¿no afirmáis que éste era un estado naciente al que pertinaces guerras agitaban sin cesar, donde se masacraba en las batallas, se sacrificaba a los dioses los prisioneros capturados y en el que a la muerte de cada monarca, cacique o gran señor un número de víctimas proporcionado a su dignidad era inmolado sobre su tumba; un país en el que un placer depravado hacía abandonar a las mujeres habitualmente y en el que las madres amamantaban durante cuatro o cinco años a sus criaturas dejando, a propósito, de ser fecundas; un imperio en el que el pueblo gemía sin descanso y en todas partes bajo los vejámenes del fisco, en el que lodazales e inmensas selvas cubrían sus provincias y en el que los conquistadores españoles padecieron más con la escasez que con las enormes distancias y los dardos enemigos? ¿Cómo conciliar tales hechos, certificados por tantos testigos, con esa desmesurada población que tan solamente testimoniais en vuestras crónicas orgullosas?»<sup>27</sup>.

Tras el ataque a los cronistas españoles pasaba Raynal al vituperio de los conquistadores, acusándoles de vanagloriarse de la magnitud de unos crímenes que por su extensión no podían haber cometido y a los que sólo su soberbia, la exageración de los historiadores hispanos y la animadversión internacional hacia España habían dado fundamento. Aquí el resentimiento del autor de la *Historia de las Dos Indias* por la prohibición de sus obras en nuestra patria se manifestaba abiertamente; por otra parte, la extrema vanidad de su carácter le llevaba a moralizar, desde la altura de sus supuestas virtudes, reviviendo sus viejos tiempos de prédica sacerdotal: «Tiempo antes de que la sana filosofía hubiera fijado una atenta mirada sobre vuestras extrañas contradicciones —advertía Raynal a los españoles— cuando el odio que se os tenía concedía fe íntegra a vuestras absurdas exageraciones, el universo, que no veía más que un desierto en Méjico, estaba convencido que habíais precipitado en la tumba a generaciones innúmeras de indígenas. Es indudable que vuestros feroces soldados frecuentemente se mancillaron con sangre inocente; es evidente que vuestros fanáticos misioneros no se opusieron como debían a esta barbarie; e incuestionablemente que una continua tiranía y una incansable avaricia arrancaron muchas de sus débiles criaturas de esta infortunada parte del Nuevo Mundo. Pero vuestras crueldades fueron menores que las que los historiadores de vuestros estragos han hecho suponer a las demás naciones. Y soy yo, yo, al que miráis como detractor de vuestro carácter quien, al acusaros de ignorancia e impostura, me convierto así en vuestro apologista. ¿Preferiríais más que exaltase el número de vuestros asesinatos antes que desvelar vuestra estupidez y contradicciones? Aquí ¡pongo por testigo al Cielo!, sólo me he ocupado de lavaros la sangre con la que parecíais gloriaros en estar cubiertos; y en todas partes donde me he referido a vosotros, sólo he tratado de los medios de volver a vuestra nación a su primer esplendor y de atenuar la suerte de aquellos pueblos desgraciados que os están sometidos. Si me descubris algún odio secreto o algún punto de vista interesado, me entrego a vuestro desprecio. ¿Acaso he tratado a los demás devastadores del Nuevo Mundo, a los mismos franceses, mis compatriotas, con

---

<sup>27</sup> *Ibidem* (pág. 418).